

las dificultades de la tarea que se proponía llevar á cabo, las graves faltas que estaba expuesto á cometer. Desde luego, lo más preciso era apoderarse del ejército, hacerle soportar las reducciones inevitables que exigía el cambio de la guerra á la paz que se había operado, y el cambio más difícil todavía de un inmenso establecimiento militar á otro más restringido; y al hacerle sufrir esas dolorosas reducciones, arreglarse de tal modo que no pudiese atribuir sus privaciones ni á mala voluntad ni á parcialidad por parte de los emigrados. Era preciso, al mismo tiempo, no herir la susceptibilidad de los revolucionarios, cuya presencia recordaba tantas calamidades, porque al herirlos se corría el riesgo de impulsarlos hacia los partidarios del imperio, con los que todavía no estaban reunidos. Era necesario también dar garantías á los poseedores de bienes nacionales, que entre todos representaban una parte muy notable de la propiedad territorial del país, y no hacer de ellos bonapartistas. Era preciso contener al clero que había quedado fiel á los Borbones, impidiéndole que maltratase al clero juramentado, que era el más numeroso, estorbándole asimismo que le alarmase con el Concordato, su única garantía.

Era necesario por último que todas estas clases inquietas, prontas á convertirse en descontentos, no fuesen enemigos implacables, que no echasen de menos el imperio al que no eran adeptas, y sobre todo procurar que la clase media, prudente, imparcial, con deseos moderados y siendo el principal y casi el único apoyo con que podía contarse, no formase en las filas de los descontentos, lo que sucedería no respetando su buen sentido, su justicia y su amor á la legalidad. Pero seamos imparciales: ¡qué tarea esta tan ímproba para los Borbones y para los emigrados vueltos á Francia en su compañía! ¡Necesitaban preferir los soldados de Napoleón á los soldados de Condé, los compradores de ínfimo precio de los bienes de sus amigos, algunas veces sus verdugos, á sus propios amigos, dejando á éstos en la miseria! ¡Necesitaban preferir los sacerdotes que se habían sometido á la revolución, á los que nunca habían querido mezclarse en ella para nada! ¡Necesitaban saber tratar á las nuevas clases formadas durante su ausencia, de tal modo, que pareciese que les hacían el mismo caso, que les dispensaban las mismas atenciones, porque eran ricos y tenían talento, que á la nobleza con la que habían vivido en palacio mientras su juventud y en el destierro mientras su edad madura! Para decirlo todo en una palabra, necesitaban destruir su memoria, cambiar su corazón y presentarse á la Francia de un modo enteramente opuesto á lo que eran en realidad. Debemos, pues, al señalar sus faltas, decir que era difícil que no las cometiesen.

Revolución, contrarrevolución, ¡cosas son éstas ¡ay! tan temibles como apartadas de lo verdadero, de lo justo, de lo posible! La una traspasa los límites que se marca, la otra al querer deshacer lo hecho va también más allá de lo preciso, ninguna se detiene en sus límites naturales; pero, para excusar á entrambas, es preciso decir que si la primera tuvo el mérito de estar en el espíritu de su época, la segunda tuvo el de obedecer á los más nobles sentimientos del alma, al respeto del pasado, á la fidelidad de los recuerdos!

La necesidad más perentoria era la de ocuparse del

ejército. Desde luego se trató de abonarle sus haberes atrasados, que tanta falta le hacían y por los que algunos agiotistas le adelantaban el valor á la misma puerta del ministerio de la Guerra, comprándole sus títulos con un cincuenta por ciento de pérdida. Aun queriendo cumplir todos los compromisos del Estado, como era la intención del ministro de Hacienda, no se podía abrigar la pretensión de satisfacer los atrasos con los recursos corrientes, los cuales apenas bastaban para los gastos más precisos; y se formó de los atrasos un total que se dispuso el gobierno á saldar, recurriendo al crédito necesariamente dilatorio. Sin embargo, se hizo una excepción en favor de los sueldos de los militares, y Mr. Louis resolvió destinar á su pago inmediatamente treinta ó cuarenta millones en moneda contante. En consecuencia de esto, abrió al ministro de la Guerra los créditos indispensables, pero su empleo se retardó por dos motivos: primero por la dificultad de recoger y hacer venir desde los puntos más apartados las nóminas y los libros de cuentas de los regimientos, y después por la dificultad de reorganizar el ministerio de la Guerra. Por apresurarse á devolver á su antiguo poseedor el edificio en que estaban las oficinas de este ministerio se vió obligado el general Dupont á trasladarlas, y esta mudanza, unida á los numerosos cambios de empleados, á la reunión en uno solo de los dos negociados del personal y del material, separados bajo la dominación del imperio, ocasionó en la administración un trastorno momentáneo que retardó el despacho de los asuntos. Sin embargo, el general Dupont hizo cuanto pudo para adelantar algunos fondos á los cuerpos que llegaban de las guarniciones más lejanas y ofrecer algunos socorros á los prisioneros que afluían de todas partes.

Una vez satisfechas las más apremiantes necesidades del ejército, era preciso ocuparse de su organización definitiva, con arreglo á nuestro territorio y al estado de nuestra hacienda. Por un momento se creyó, á causa de la deserción, que la Francia iba á quedarse sin soldados; se autorizó, como hemos dicho, á los quintos de 1815 para que permaneciesen en sus casas, y á los de años anteriores que habían desertado en masa, se les dijo, para no ensañarse con ellos y al mismo tiempo para conservar el derecho de llamarlos á sus filas de nuevo en caso de necesidad, que serían considerados como usando de licencia temporal; pero bien pronto con el regreso de las guarniciones y de los prisioneros se disipó el temor de encontrarse sin soldados, porque se reunieron cuatrocientos mil de todas armas, los que ahoraban la necesidad de recurrir á nuevas quintas en bastante tiempo y permitían declararlas provisionalmente abolidas, dando ocasión para aplazar la confección de una ley sobre el reclutamiento. Concediendo á una parte de estos hombres, á los más fatigados, por ejemplo, licencia temporal y dejando en las filas á los restantes, se podía formar un ejército brillantísimo, compuesto de los soldados más aguerridos del mundo. Pero ¿podría al mismo tiempo sostenerse y sobre todo asegurarse su porvenir á cuarenta ó cincuenta mil oficiales, gloriosos restos de nuestras largas guerras?

Esta cuestión fué vivamente debatida en el consejo real, formado, como sabemos, con los miembros del antiguo gobierno provisional y los ministros de la corona. Se exigió al general Dupont que manifestase sus

planes y éste á su vez se dirigió al barón Louis pidiéndole que fijase el total de los recursos que estaba dispuesto á consagrar al ejército. El ministro de Hacienda declaró que no podía satisfacerle hasta tanto que no recibiese los presupuestos de los demás ministerios y hubiese logrado restablecer el cobro de las contribuciones. El duque de Berry, el más joven, el más activo de los príncipes de la familia real, inclinado sinceramente á ocuparse del ejército con intenciones legítimas, obligó al ministro de Hacienda á expresar francamente sus propósitos y éste no prometió jamás destinar al sostenimiento de la fuerza armada más de doscientos millones. Para asistir á un personal militar que iba á constar de más de cuatrocientos mil hombres entre oficiales y soldados, esta cantidad era escasa, por más de que un soldado cuesta poco y que en aquella época no llegase á costar ni mil francos (1). Con mucha economía se hubieran podido conservar en las filas del ejército doscientos mil hombres, pero con las cargas inevitables, resultado de la transición de la guerra á la paz, era casi imposible, y todo lo más á que podía ascender el número de los que quedasen sería al de cincuenta mil. Era, pues, necesaria una rigurosa economía y no conceder nada ni al lujo ni á las satisfacciones de partido.

La primera cuestión que se presentaba era la relativa á la guardia imperial. ¿Qué hacer con ella? Disolverla parecía muy difícil y muy peligroso; pero conservarla sin confiarle la persona del soberano, manteniéndola en una especie de indiferentismo, era más peligroso todavía. En vista de esto, el general Dupont y con él los príncipes creyeron encontrar una solución á la vez acertada y conveniente, conservando la antigua guardia como un cuerpo de preferencia con sus crecidos haberes, sus privilegios y un título honorífico, sin confiarle por esto la custodia del rey, reservada á la servidumbre militar de palacio. La guardia joven había sido casi disuelta por la guerra y no consistía más que en un reducido cuadro, formado de la antigua y pudiendo volver á su seno: se reunieron, por tanto, los restos que quedaban de una y otra y se crearon con ellos dos regimientos de infantería con cuatro batallones cada uno, llamándose al primero *granaderos de Francia* y al segundo *cazadores de á pie de Francia*. Lo mismo se dispuso respecto de la caballería, que fué dividida en cuatro regimientos, uno de coraceros, otro de dragones, otro de cazadores y el último de lanceros, con las mismas ventajas y con los mismos títulos de *coraceros, dragones, cazadores y lan-*

(1) Es una idea generalmente admitida la de que cada soldado cuesta en Francia mil francos y que cien mil soldados ocasionan cien millones de gasto. Esto es inexacto. Se ha sacado esta cifra de nuestro estado militar de la primera mitad del presente siglo, porque se sostenían sobre poco más ó menos trescientos mil hombres con un presupuesto de trescientos millones. Pero en esta cantidad estaban comprendidos todos los gastos militares, es decir, de las plazas fuertes, el del mariscal, el del estado mayor, el de los retirados, el de los inválidos, el de la gendarmería, y sólo contando los gastos motivados por estas clases es como puede deducirse que cada soldado gravase á la nación en mil francos. Si por el contrario se trata solamente de un hombre introducido en los cuadros existentes y pagados, hallándose saldados y no debiendo aumentarse los gastos del material y del estado mayor, cada soldado está muy lejos de costar los mil francos. Hace quince ó diez y ocho años costaba cada uno en tiempo de paz cerca de cuatrocientos francos. Por tanto cien mil hombres debían costar cuarenta millones y no ciento. (N. del A.)

*ceros de Francia*. En cuanto á la reserva de artillería se acordó su disolución, enviándola á los cuerpos de donde procedía. El total de estos hombres, que podía ascender entre los de caballería é infantería á ocho mil, iba á costar lo mismo que quince ó diez y ocho mil. Es una grave cuestión la de saber si en un gran Estado conviene sostener cuerpos de preferencia; pero, como se ve, los hombres que gobernaban entonces dieron á esta cuestión una solución singular, creando dos cuerpos de esta clase, uno para guardar al soberano y otro para guardar nada, á no ser la sombra del glorioso monarca á quien había servido y á quien debía recordar al mismo tiempo que mantenía su recuerdo en el público.

Después de la guardia imperial se presentaba el ejército de línea, cuyo total era preciso limitar todo lo posible en una organización en armonía con los recursos de nuestra hacienda. El ministro propuso que se conservasen 90 regimientos de infantería de línea con tres batallones y seis compañías cada uno, y 15 regimientos de infantería ligera, lo que completaría un total de 105 regimientos de infantería, capaces de presentar trescientos mil infantes en pie de guerra. Estos trescientos mil infantes existían entonces y se los iba á ver reunidos cuando regresasen á Francia todos nuestros soldados. No pudiéndose sostener más que la mitad, era preciso licenciar á los sobrantes, y los comprendidos en este número iban á perecer de hambre si no abrazaban cualquiera profesión, y si adoptaban una, concluirían por separarse completamente del ejército que á su vez perdería soldados sin igual. Pero todavía presentaba más serias dificultades la posición en que iban á quedar los oficiales.

Aceptándose la organización propuesta, debían perder su empleo cerca de treinta mil, y esto preocupó vivamente al consejo de guerra. El duque de Berry insistió en que se buscara un medio de darles ocupación; pero á ninguno de los presentes se le ocurrió que ahorrando el gasto de la guarnición imperial y de la servidumbre militar de palacio se hubieran podido conservar bajo las banderas sesenta ú ochenta mil soldados más, aumentándose proporcionalmente la extensión de los cuerpos. Lo mismo que se había hecho con la guardia imperial se hizo con los oficiales, se buscó un término medio y se dejó en calidad de reemplazo á las dos terceras partes de las plazas vacantes. Con esta determinación se logró crear un grupo numeroso de descontentos bastante peligroso, dificultando los ascensos á los oficiales en activo servicio. El mal era casi inevitable, pero al menos no debía aumentarse con inútiles gastos.

Con la caballería se procedió del mismo modo, aunque tratándola con más generosidad. Se conservaron 56 regimientos de cuatro escuadrones cada uno, de los cuales, 14 de caballería de línea, 21 de caballería regular y 21 de caballería ligera componían un efectivo poco más ó menos de treinta y seis mil jinetes. También se conservaron 12 regimientos de artillería, 4 montada y los restantes de á pie, formando un total de cinco mil artilleros; y 3 regimientos de ingenieros con cerca de cuatro mil hombres. A los oficiales de estas armas, como á los de infantería que no pudieron ser colocados, se les concedió la situación de reemplazo, agregándolos á los regimientos con derecho á las dos terceras partes de las plazas vacantes.



El total de los diversos cuerpos del ejército debía elevarse á cerca de doscientos seis mil hombres, doscientos catorce mil con la guardia imperial, y ocasionar un gasto que el ministro valuaba en 200 millones. Este ministro, á causa de su inexperiencia administrativa, se hacía ilusiones como no tardaremos en ver, puesto que con aquella cantidad, todo lo más que podía sostener era ciento cuarenta mil hombres.

Por tanto no se estaba en el caso de restablecer, como se había proyectado, la antigua servidumbre militar del rey, creando de este modo un cuerpo de nobles á caballo y á pie que costaría lo mismo que cincuenta mil soldados de línea y que excitaría con su lujo comparaciones tristísimas entre él y la miseria del resto del ejército. Pero en torno de las personas reales se agrupaban viejos hidalgos, á los que era necesario emplear; al lado de éstos aparecían también jóvenes llenos de fuego, que querían entrar por este camino en la carrera militar: se creía que algunos miles de hombres valientes, procedentes de la nobleza, serían un preservativo infalible contra las futuras revoluciones; por otra parte, se había consentido en que cada cual usase de nuevo el título y el grado alcanzado en otras épocas, formando en las filas de la servidumbre militar del rey; y ya no era posible discusión sobre esto: lo único que quedaba por hacer era buscar los medios de realizar una resolución tomada de antemano. Se anunció que el presupuesto de palacio abonaría una parte de los gastos, lo que podía hacer seguramente porque ascendería á 33 millones, equivalentes entonces á 45 en nuestros días; pero esto no era más que una débil excusa, porque si podía imponerse semejante sacrificio á la servidumbre militar, era necesario reducirla, ó, mejor todavía, poner bajo su dependencia á la guardia imperial, que hubiera sido fiel si se hubieran cuidado de adherirla al nuevo orden de cosas, y que trasladada de un capítulo de gastos á otro hubiera proporcionado un gran desahogo al presupuesto del ejército. Ninguna de estas ideas tan naturales, tan claras, tan sencillas iluminó la obscura inteligencia de los que estaban llamados á resolver tan graves asuntos.

El general Beurnonville, que había servido antes y después de la revolución, fué encargado de la organización de la servidumbre militar de palacio, tarea que cumplió copiando exactamente el pasado. Se restablecieron, pues, las antiguas compañías bajo los nombres de *mosqueteros grises*, *mosqueteros negros*, *gendarmes* y *caballos ligeros*, destinadas á dar cabida en sus filas á trescientos ó cuatrocientos hidalgos cada una, con el grado de oficial, no prestando más que un servicio honorífico en los días de ceremonia, y siendo mandados por los más principales personajes de la corte. Seguidamente se restablecieron también las compañías de guardias de corps, que en otro tiempo sólo fueron cuatro y que entonces se aumentaron hasta seis, porque habiéndose encargado del mando de las suyas los titulares Mr. de Havré, Mr. de Grammont, Mr. de Poix y Mr. de Luxembourg, fué preciso crear dos más para confiarlas á mariscales del imperio. Los dos mariscales escogidos para mandar las indicadas compañías fueron Berthier, á causa de la gran posición que ocupaba, y Marmont, á quien era preciso recompensar de cualquier modo el servicio que había prestado á la monarquía. El infortunado había perdido ya sus esperanzas de premio, y no

contar con él para nada, no favorecerle en lo más mínimo, hubiera sido dar la razón á los que á todas horas le condenaban.

Los comandantes de estas seis compañías de guardias de corps recibieron la orden de formarlas con los realistas de provincia, con los guardias de honor licenciados y al mismo tiempo con algunos individuos del ejército, jóvenes y valientes, con tan buenos servicios como sentimientos políticos y movidos á servir todavía con lealtad por el grado de subteniente que se les aseguraba. Estas seis compañías, componiendo un total de trescientos ó cuatrocientos hombres cada una, debían prestar un servicio activo cerca del soberano, repartiéndose entre los doce meses del año. También se restablecieron la compañía de granaderos de caballería al mando de Mr. de la Rochejaquelein, los guardias llamados de *Monsieur*, etc. Además debía añadirse á estas tropas de caballería un cuerpo de infantería con cerca de cuatro mil hombres y cincuenta ó sesenta cañones. Este cuadro completo no hubiera comprendido menos de nueve ó diez mil hombres con el grado de teniente los de caballería y el de subteniente por lo menos los de infantería.

Fácilmente se adivina lo que semejante cuerpo con su lujo y con su orgullo debía disgustar á la masa general del ejército, sobre todo al comparar la prodigalidad empleada con él y la parsimonia con que iba á ser preciso tratar á todos los militares que no formasen parte de los cuerpos de preferencia; así es que no iban á ser necesarios muchos encuentros casuales entre los oficiales de la servidumbre del rey y los del ejército para promover colisiones tristísimas y excitar odios implacables. Si se añade á esta restauración la de los suizos, que durante el imperio no habían existido más que nominalmente y cuyo restablecimiento era de desear, porque de este modo se lograba asociar á nuestra suerte á una nación valiente, obligada por el derecho público á permanecer neutra, se comprenderá desde luego cuántos obstáculos se iba á acumular el gobierno, los unos inevitables sin duda alguna, pero los demás suscitados voluntariamente, sólo por satisfacer pasiones de partido.

También se introdujeron algunos otros cambios en el ejército á fin de darle el aspecto que presentaba antes de 1789 y de hacer olvidar en todo lo posible al emperador y al imperio. En la serie de los regimientos había algunos números vacantes porque muchos de ellos habían sido destruidos por la guerra y administrativamente disueltos: se aprovechó esta ocasión para cambiar el número de todos, haciendo tomar el número vacante al regimiento más próximo, obligándole de este modo á abandonar el suyo al inmediato y así sucesivamente, lo que trastornaba el orden de la numeración y hacía perder á los regimientos el número con el que se habían distinguido en la guerra. Esto era atentar á su gloria para borrar en ellos y en el público recuerdos inolvidables. Con el fin de hacerles grata la monarquía se les dieron algunos títulos honoríficos: el primer regimiento de línea se llamó *regimiento del rey*, el segundo *regimiento de la reina*, el tercero *regimiento del delfín* y así se fué dando nombres á los regimientos hasta agotar los de los príncipes. Para que estos príncipes tuviesen ocasión de mezclarse en los asuntos militares, se les confirieron los grados de coroneles generales de las diversas armas. El

conde de Artois fué nombrado coronel general de los guardias nacionales y de los suizos, el duque de Angulema coronel general de los coraceros y de los dragones, el duque de Berry de los cazadores y de los lanceros, el anciano príncipe de Condé de la infantería de línea, el duque de Borbón de la infantería ligera y el duque de Orleans de los húsares. Estos cargos habían sido encomendados por Napoleón á los tenientes generales más distinguidos de cada arma, y éstos no podían menos de mostrarse agraviados al verse despojados de tan honrosos títulos. Para aminorar su descontento se les dejaron las dotaciones y los honores de los destinos de que habían sido privados, nombrándolos al mismo tiempo primeros inspectores de las diversas armas de las que los príncipes eran coroneles generales ó directores.

No era sólo el ejército el que necesitaba ser reducido en proporción de nuestro territorio y de nuestra hacienda, sino que también debía sufrir esta suerte la marina, debiendo ser las reducciones que se tenían que introducir en ella todavía más considerables y más sensibles. En vez de los cien navíos de línea y de las doscientas fragatas que Napoleón se esmeró en mandar construir y que con la grande extensión que habían adquirido las costas hubiera podido armar convenientemente en dos ó tres años de paz, apenas podíamos conservar en el estado de nuestros recursos y durante la paz dos ó tres navíos y ocho ó diez fragatas, viéndonos por tanto obligados á reducir á tan exiguas proporciones el personal y el material de nuestra marina. En cuanto á las embarcaciones en construcción, no había necesidad de ocuparse más de ellas, toda vez que con los navíos construidos por la antigua Francia y los que iban á recogerse de la Francia imperial, había más de los suficientes aun en caso de guerra. A los marineros y á los armadores les quedaba el recurso del comercio marítimo, que seguramente les ofrecería los medios de ganar su subsistencia; pero no sucedía lo mismo á los oficiales y á los ingenieros marítimos, á los que estaba reservada una situación difícil y penosa. El porvenir reservado á los oficiales del ejército se extendió á los de marina: se les dejó en situación de reemplazo con derecho á las dos terceras partes de las vacantes que se presentasen, y además se les consintió que prestasen servicios á bordo de los barcos del comercio sin perder sus derechos ni sus grados en la marina real. Pero estas determinaciones no eran en substancia más que paliativos poco eficaces que apenas servían para aliviar la miseria de los ejércitos de mar y tierra.

Faltaba todavía tomar una decisión respecto de uno de los intereses más queridos de los militares, respecto de la Legión de Honor. La Carta prescribía su sostenimiento y nadie se hubiera atrevido á indicar su supresión; pero era necesario conciliar su existencia con la de otras órdenes antiguas ó modernas, acerca de las cuales era preciso dictar una resolución.

El arzobispo de Malines, Mr. de Pradt, nombrado gran canciller de la Legión de Honor, deseaba que se crease una orden nueva llamada *de la Restauración*. Esta orden, que hubiera llegado en muy pocos días á ser tan ridícula como la de la Flor de Lis, ya conferida á más de quinientas mil personas, fué unánimemente rechazada por el consejo real. Todavía fué más seria la cuestión que suscitó la orden de San Luis, orden res-

petable creada por Luis XIV para recompensar especialmente los méritos militares y que figuraba todavía en aquella época sobre el pecho de los antiguos oficiales que habían luchado honrosamente en las guerras del último siglo. No era posible á los Borbones dictar su abolición, y Mr. de Blacas propuso que confundiéndola con la de la Legión de Honor, se formase con las dos una sola de la que Luis XVIII fuese á la vez el creador, el jefe y el legislador. Pero el canciller, Mr. Dambray, hizo notar con mucha sinceridad que semejante determinación violaría la Carta, que prescribía el sostenimiento de la Legión de Honor. El consejo real se mostró de acuerdo con este dictamen y se decidió que existieran simultáneamente las dos órdenes, concediéndose á los oficiales más distinguidos del ejército imperial la cruz de San Luis para rejuvenecerla y haciendo que éstos tuviesen dos condecoraciones en vez de una y que alcanzasen de este modo la consagración de su nueva gloria, obteniendo la prueba tan justamente honrada de la gloria pasada.

Se decidió además que sin proscribir la cruz de la Reunión, que representaba ya un recuerdo inútil y funesto, el de la reunión de los territorios que bajo la dominación de Napoleón habían revolucionado á la Europa, no se confiriere á nadie en lo sucesivo; y que la orden de la Corona de Hierro, perteneciente en adelante á los soberanos de Lombardía, no pudiese ser usada en Francia, como las órdenes extranjeras, sin la autorización del rey.

Pero, aun conservándose la Legión de Honor, era preciso modificar la placa, porque no se podía obligar á Luis XVIII ni á los príncipes de su familia á que se colocasen en el pecho el busto de Napoleón. Mr. de Talleyrand fué el primero que en el consejo real usó de la palabra para ocuparse de este asunto. Tratado ordinariamente por Luis XVIII con mucha cortesía, pero sin las menores muestras de gratitud, comprendía el célebre diplomático que para sostenerse en el poder necesitaba agradar, y á pesar de su elevada categoría no se desdeñaba en poner los medios para conseguir sus deseos. Propuso, pues, que se substituyese el busto de Luis XVIII al de Napoleón en la placa de la Legión de Honor; el mariscal Oudinot se apresuró con la mayor naturalidad á apoyar esta idea, y los demás individuos del consejo, aunque tenían graves objeciones que hacer á semejante proposición, no se atrevieron á formularlas en presencia del rey y se callaron. Este silencio no hubiera tardado en ser molesto para el adulador que tan escaso apoyo encontraba y lo hubiera sido hasta para el mismo adulador, si Luis XVIII, con una sonrisa bastante maliciosa, no hubiese demostrado gozarse en el embaudo de los que se hallaban presentes, lejos de participar de él. Como los consejeros se calló, y para poner fin á aquella escena muda, el general Beurnonville pidió que se confiase la resolución definitiva de aquella cuestión á una comisión especial, compuesta de algunos miembros del consejo; pero ni aun esto fué bastante á romper el silencio, que continuó como si con él se hubiera querido indicar que se tenían que decir cosas imposibles de enunciar delante del monarca.

Un miembro del consejo, de mucha expedición y el único á quien manejaba el rey, movido por su gusto ó por temor, el duque de Berry, habló atrevidamente y no vaciló en decir que todo el mundo encontraría fuera de



su lugar el busto de Luis XVIII en una orden creada por Napoleón para premiar servicios prestados en su tiempo, y propuso que se colocase en la placa el busto de Enrique IV, que podía, sin salir perdiendo en cualquier género de comparación que se hiciese, suceder á todos los bustos. El atrevimiento y el buen criterio del príncipe desataron las lenguas, y Mr. Ferrand, con una franqueza como la que se debería hallar siempre en los amigos, adoptó y sostuvo la proposición del duque de Berry. Mr. de Blacas propuso entonces que no se escogiese el busto de un rey para no rebajar en nada la dignidad de Luis XVIII, sino una alegoría de la Francia. Esta opinión recordaba demasiado las ideas republicanas, y Luis XVIII rompió por fin el silencio que había guardado, dió gracias á su sobrino por sus intenciones, dijo que no era de los príncipes que deseaban apoteosis en vida y que si lo hubiera sido, el ejemplo de aquél cuya efigie se trataba de reemplazar bastaría para corregirle, y añadió que después de haber meditado la proposición del duque de Berry y la de Mr. de Blacas, se inclinaba á que se designase para substituir al busto de Napoleón el de Enrique IV. El hábil adulador que se había propuesto agradar vió, pues, su adulación universalmente reprobada, hasta por el mismo á quien había favorecido; pero no era un hombre capaz de apurarse por tan poca cosa. Se adhirió, como los demás, al dictamen del rey, y se convino que en un lado de la placa que serviría de insignia á la Legión de Honor se colocaría el busto de Enrique IV y en el otro tres flores de lis. Al mismo tiempo se acordó que después de verificado este cambio llevasen todos los príncipes de Borbón sobre su pecho la cruz de la Legión de Honor.

Las diversas medidas que se tomaron y que acabamos de consignar, dictadas la mayor parte por una imperiosa necesidad, hubieran disgustado al ejército aunque no hubieran dado ningún pretexto para hablar á la maledicencia; pero uniéndose á ellas todo lo que los príncipes de Borbón habían hecho para complacer á sus amigos, la irritación de que estaban poseídos los militares y la injusticia que semejante irritación les inspiraba, las citadas medidas no podían menos de ser mal acogidas, de provocar en todas partes amargas censuras y hasta frecuentemente oposiciones peligrosas. La guardia imperial había quedado acuartelada en Fontainebleau y allí supo que sería disuelta, pero que no daría la guardia al soberano, perdiendo por lo tanto su residencia en la capital, tan ambicionada siempre por todas las tropas. También corrió el rumor, aquella vez verídico, de que juzgándola demasiado cerca en Fontainebleau, sería enviada la infantería á Lorena, y la caballería á Flandes, á Picardía y á Turena. Esta noticia causó en las filas la más viva emoción y una parte de los soldados recorrió las calles de Fontainebleau gritando *viva el emperador!*

El duque de Berry era el príncipe que la dinastía había elegido para ponerse en contacto con las tropas y el que por su carácter podía desempeñar mejor este papel. Se dirigió á Fontainebleau á visitar á la guardia que todavía no se había visto honrada con la presencia de ninguno de los miembros de la familia real, y algunos oficiales cuya ambición se había lisonjeado trataron de prepararle el campo; pero sólo fué recibido con respeto y silencio. Algunos gritos de *viva el rey!*, lanzados por hombres escogidos de antemano, pasaron sin despertar

un solo eco. Sin embargo, el príncipe, acompañado por el mariscal Oudinot, comandante de la infantería de la guardia, y por el mariscal Ney, comandante de la caballería, se mostró satisfecho, los trató á todos con familiaridad y acarició muchísimo á los veteranos. Con todo esto logró hacer volver al fondo de los corazones los sentimientos que algunas veces resucitaban imprudentemente, pero no cambiarlos en lo más mínimo.

Quizás habiendo confiado su persona á la guardia imperial habiéndole reservado exclusivamente los privilegios y el título de cuerpo de preferencia, hubiera podido el rey llegar á captarse su voluntad y de cualquier modo hubiera conseguido lo bastante para creerse seguro bajo su custodia; pero al restablecer la antigua servidumbre militar y al confiarla su guarda, devolvió inevitablemente la guardia imperial á Napoleón.

Desde el momento en que las tropas extranjeras se alejaron, se puso gran cuidado en organizar la guarnición de París con los regimientos favorecidos con los títulos nuevos, tales como el regimiento del Rey, de la Reina, del Delfín, etc. Estas precauciones no consiguieron mejorar el espíritu que dominaba en los cuarteles: todos los días se oían en ellos gritos de *viva el emperador!* El duque de Berry se tomó el trabajo de visitarlos con frecuencia, pero esta atención no le libró del disgusto de oír algunas veces con sus propios oídos los gritos sediciosos. No faltándole ni presencia de ánimo ni oportunidad cuando podía contenerse, en una de sus visitas se acercó á un soldado que acababa de gritar *viva el emperador!* y le preguntó por qué lanzaba aquella exclamación. «Porque Napoleón nos ha guiado cien veces á la victoria.» «¡Vaya un milagro, replicó el príncipe, eso lo hace cualquiera con hombres tan valientes como tú!» Esta réplica obtuvo mucho éxito y se repitió en todos los cuarteles, valiéndole al príncipe algunas enhorabuena, pero sin cambiar apenas los sentimientos del ejército.

Otra cosa fué cuando se presentaron en las calles de París los individuos de la servidumbre militar de palacio. Se les dieron uniformes muy vistosos que ellos naturalmente se complacían en lucir y como gozaban de la categoría de oficiales tenían derecho á que les hiciesen la venia; pero los soldados se negaron más de una vez á saludarlos, sin que los amedrentase el castigo disciplinario á que con semejante conducta se hacían acreedores. Lo más grave del caso era que hasta la misma guardia nacional se puso de parte de la tropa. Desde el momento en que estuvo organizada la primera compañía de guardias de corps, se le hizo reemplazar á la guardia nacional en el servicio interior de palacio dejando á la segunda la custodia exterior, que equivalió á ponerla en la puerta, haciéndose de todo punto necesario ó quitárselo todo ó dejárselo todo. Pero un acontecimiento casual agravó esta exclusión del interior de las Tullerías. El día en que los guardias de corps comenzaron á dar servicio, llegaron al cuerpo de guardia en una hora en la que la mayor parte de los nacionales habían salido á comer, y apoderándose de él, colocaron fuera las armas de los ausentes. Cuando volvieron los nacionales, encontraron su puesto ocupado y sus fusiles en la calle, sin que se les hubiera guardado el menor miramiento de los que en tales casos usan las tropas unas con otras al transferirse el servicio. Con este motivo gritaron mucho y se encaminaron á buscar á los

destacamentos vecinos para comunicarles su disgusto; y por más que aquel acto hubiese sido hijo de una torpeza, por más que no lo hubiera inspirado ninguna intención ofensiva, excitó la más viva emoción en las filas de la guardia nacional. La legión que ordinariamente daba el servicio en las Tullerías declaró que en lo sucesivo no haría más guardia ni dentro ni fuera del palacio, produciendo con esta determinación tal efecto, que Mr. de Blacas se vió en la necesidad de escribir al general Dessoles una carta en la que daba gracias á la milicia nacional en nombre del rey por sus servicios, dirigiéndole al mismo tiempo las frases más lisonjeras. También se celebró un banquete al que asistieron guardias de corps y algunos milicianos escogidos; pero con esto no se logró más que divulgar el antagonismo sin apaciguarle.

El rey, por su parte, continuó prodigando las mayores consideraciones á los jefes del ejército; recibió al general Massena, le felicitó mucho por sus grandes hechos de armas y le anunció que no tardaría en obtener carta de naturaleza en Francia, lo que conseguiría por medio de una proposición dirigida á las cámaras, y recibió asimismo á Carnot, en calidad de primer inspector del cuerpo de ingenieros y al almirante Verhuel, como oficial que era de marina al servicio de Francia, sin demostrar acordarse de que el primero fuese un regicida y de que el segundo hubiera defendido el Texel hasta el último extremo. Sin embargo, después de haberse dominado tanto los Borbones, creyeron que debían aliviar su corazón de aquel continuo peso, á expensas de uno de los más grandes militares de aquel tiempo.

El mariscal Davout fué la víctima propiciatoria de los resentimientos del realismo. Como hemos dicho anteriormente, la resistencia que había opuesto en Hamburgo á las tropas aliadas le había ganado la enemistad de los soberanos extranjeros, y además, como también hemos manifestado, no había tenido inconveniente en hacer fuego sobre la bandera blanca al verla reunida con la bandera rusa; por todos estos motivos, los partidarios del nuevo orden de cosas estaban irritados contra él y le creían además el cacique de Napoleón, lo que prueba lo mal informados que estaban, porque el mariscal se encontraba en desgracia con el emperador desde el año 1812. Davout fué, pues, el único de los mariscales á quien el rey no quiso recibir, y el ministro de la Guerra fué encargado de anunciarle, que habiendo comprometido el nombre francés en el extranjero, no sería admitido en la corte hasta tanto que justificase su conducta. El mariscal acogió con indiferencia la citada incomunicación y continuó redactando la memoria que había empezado á escribir para explicar á la Francia y á la Europa los motivos de su comportamiento en Hamburgo.

Desde entonces, el mariscal Davout, siempre muy respetado pero poco querido de los militares, fué inesperadamente su ídolo. Los oficiales separados de sus regimientos, y que no se apresuraban á volver á ellos, á pesar de las reiteradas órdenes del ministro de la Guerra, tenían una especie de *forum* en el boulevard de los Italianos y en el Palacio Real. Los unos con medios de vivir y consumiendo en París el dinero que recibían de sus casas y los otros devorando en pocos días sus haberes atrasados, querían mejor quedarse en la capital para manifestar en ella su disgusto que volver á los re-

gimientos y ser en ellos lo que se llamaba oficiales á medio sueldo. Aglomerándose, pues, en el Palacio Real y en el boulevard, interpretaban á su manera los actos del gobierno, perseguían con sus burlas al rey, comparaban su inacción con el carácter activo del hombre á quien no hacía mucho habían maldecido por su actividad diabólica, se mofaban de los individuos de la servidumbre de palacio y sobre todo de los emigrados, que diariamente se dirigían formando diputación á las Tullerías poniéndose en ridículo casi siempre á los ojos del público. Con efecto, estas diputaciones eran tan pronto representantes de los soldados vandeanos ó del ejército de Condé que habían servido mucho tiempo en el Rhin, como del famoso campamento de Jales, vestidos con el traje de su provincia y de su época, visitando al rey y á su hermano, desahogando su corazón con este último, entregándoles memoriales y saliendo de sus visitas con la condecoración de la Flor de Lis ó con la promesa de una pensión. Todo esto era para nuestros jóvenes oficiales continuo asunto de burlas y se vió á alguno de ellos, impulsado por las locuras de su edad, pasear por las calles de París con el traje de los militares del antiguo régimen, seguido por numerosos de sus compañeros á quien aquel disfraz hacía reír á carcajadas; pero no siempre se limitaban estos actos á broma; algunas veces daban origen á desafíos, que afortunadamente no se multiplicaban porque muy pocos se atrevían á armar contiendas con los oficiales del ejército imperial, y porque al mismo tiempo los príncipes impedían á sus amigos que los buscasen. En todas estas burlas se descubría un gran fondo de tristeza harto justificada. Ya hemos hablado del crecido número de empleados de todas clases, dependientes de las aduanas, recaudadores de contribuciones, oficiales de policía, que habían seguido las huellas del ejército, participando de sus peligros y de su heroísmo y que se morían de hambre en París con sus mujeres y sus hijos. Como era natural, se reunían á los grupos de los oficiales descontentos, y á la alegría de estos últimos añadían el espectáculo tristísimo de su miseria.

El barón Louis, más cuidadoso de organizar la Hacienda que de aliviar su infortunio, se negó á dispensarles algunos recursos que, sin cargar mucho el presupuesto, hubieran dado fin á tanto sufrimiento inmerecido y á tanta desgracia, porque muchos de ellos ponían término á su pobreza recurriendo al suicidio. Esta mezcla de escenas, unas burlescas y otras dolorosísimas, producían en los ánimos un efecto poco favorable y comenzaban á inquietarlos vivamente.

Uno de los medios que se imaginaron para restablecer la disciplina militar y para proporcionar grandes empleos á los mariscales que no habían obtenido destinos en palacio, fué el de ponerlos al frente de las principales divisiones militares, con poderes amplios y crecidas asignaciones. Con esto se lograba primero la ventaja de dispersarlos, y después, sabiéndose como se sabía que á pesar de no estar contentos en una corte en la que comprendían que las caricias que les prodigaban eran por cumplimiento, sabiendo como se sabía, repetimos, que no deseaban la vuelta de Napoleón, al trasladarlos á las provincias sólo procurarían ejercer su autoridad con las tropas, inclinándolas de nuevo á cumplir su deber. Por todas estas razones se tomó, pues, el